

CAPÍTULO X.

(1864)

Inextinguible fe de los republicanos.—Pacificación de Coalcomán.—Los guerrilleros.—Contra guerrillas.—D. Magdaleno del Río.—Ocupación de Pátzcuaro por el imperio.—Un mártir de la libertad.

La fe no había abandonado á nuestros soldados. Las fuerzas republicanas, afrontando el peligro y casi seguras de ser derrotadas, expedicionaban por el Estado, sosteniendo en todas partes, con su presencia, la bandera de la patria.

Casi en los mismos días en que Ronda aniquilaba á Cristóbal Orozco, el coronel D. José Hernández y el comandante de batallón José Vicente Villada hacían una eficaz batida á las guerrillas imperialistas de Coalcomán. Estas se habían puesto á las órdenes del titulado coronel Francisco Suárez; pero fueron alcanzadas por aquel jefe en Ahuejullo y derrotadas completamente por el batallón guardia nacional de Toluca, á las órdenes del expresado Hernández. Suárez comprendió que le era imposible permanecer más tiempo en aquella comarca, recogió el armamento que tenía guardado en Coalcomán, y se replegó á Pátzcuaro, haciendo una marcha de más de ochenta leguas; al pasar por Uruapan, que en aquellos días estaba sin tropa, dejó depositados en poder de su correligionario D. Ramón Gutiérrez, todos los fusiles que llevaba, por temor de que se los quitaran las partidas que recorrían el camino de Pátzcuaro. Después Gutiérrez vendió aquellas armas á los reclutas que hacían las fuerzas liberales, y que sólo en cambio de un fusil conseguían su libertad. Lo que menos

pensó Suárez fué que su armamento sirviese para los patriotas, por la especulación de un imperialista.

Hemos venido viendo que desde el desgraciado ataque á Morelia, la lucha en Michoacán se había hecho por medio de guerrillas. El imperio había comprendido lo difícil que era hacer la campaña con sólo las fuerzas regulares. El mejor y más eficaz sistema de guerra empleado por los republicanos, era el de partidas sueltas, intangibles cuando se les perseguía, imponentes y terribles cuando atacaban de sorpresa, inextinguibles en la derrota, pues antes de emprender el ataque, por medio de una cita expresa ó por costumbre, sabían el punto en que debían reunirse. Aquellos hombres estaban siempre en vela, como si la noche se hubiese hecho para emprender las marchas más difíciles y provocar los combates más sangrientos: se habían acostumbrado á dormir en el caballo, y cuando mucho, despuntaban un sueño en el suelo, recostados sobre los sudaderos y poniendo la cabeza en la silla de montar: lo mismo caminaban á pie que á caballo, y cuando era preciso, recorrían inmensas distancias, apareciendo repentinamente en donde menos se les esperaba: no había ninguno como ellos para poner una emboscada, para dar una sorpresa y para proteger una retirada. Si era necesario, asistían á las grandes batallas; pero en su vida común, la táctica consistía en las pequeñas escaramuzas, y sobre todo, en las sorpresas: grandes conocedores del terreno, llegaban hasta el enemigo sin que nadie los sintiera, y ya en el lugar, indicaban su presencia con vivas á la libertad, con unos cuantos disparos de mosquete, y se *revolvían* entre sus contrarios, sembrando la muerte á los terribles botes de la lanza: otras veces simulaban huir, y en el momento oportuno daban media vuelta, sin que nada ni nadie pudiese contener su empuje; y si el enemigo era poderoso, les bastaba sembrar el desorden y el pánico en las filas de éste, y cuando todo hacía creer que el combate se empeñaba, los guerrilleros desaparecían en admirable dispersión. Cualquiera creería que la gavilla quedaba totalmente desecha; pero ¡cuántas veces sucedió que horas después repetía el ataque, brusco, sangriento, rápido, fantástico!

Aquellos hombres adivinaban los movimientos del enemigo. Por más que éste guardase profunda reserva respecto del punto final de su expedición, en el curso de su marcha los guerrilleros le iban molestando en las etapas que hacía, saliéndole unas veces á vanguardia, ora apareciendo por los flancos, y acometiéndolo en otras ocasiones por retaguardia. Era esto la eterna pesadilla de las columnas francesas cuando atravesaban los bosques ó seguían un camino quebrado. Las guerrillas los tenían en constante alarma; ¡desgraciado el francés que se apartaba de las filas! En el instante se veía cogido con el terrible lazo, y era arrastrado largo trecho, ¡á pesar de sus ayes lastimeros y sus humillantes súplicas! La reata era el *arma* que más temían los invasores, y por esto el imperio prohibió, bajo penas severas, el uso de aquellos adminículos que no podían portarse sino con licencia escrita de las autoridades.¹

Todo individuo que organizaba una pequeña fuerza, generalmente de caballería, se consideraba como jefe de guerrilla; mas como esto daba lugar á la formación de gavillas de ladrones, el Gobierno del Estado, desde que estuvo desempeñado por el general Berriozábal, facultó á los pueblos para que persiguieran á toda partida que no estuviese autorizada expresamente por el Cuartel General Republicano. A este propósito, recuerdo que un Sr. López solicitaba autorización de guerrillero, cuando el general Riva Palacio era el jefe del Ejército del Centro.

López era un hombre de cuarenta años, obeso hasta no más, y por ende torpe en sus movimientos; bajo de estatura, tan bajo, que era un verdadero *chaparro* en la extensión de la palabra; de aspecto bonachón, ocultaba algo de sus instintos de rapiña; risueño, cuando hablaba con personas de respeto, y de aspecto iracundo cuando se dirigía al vulgo. Usaba uno

1 Hablando del sistema de guerrillas, un escritor francés dice: "De 1862 á 1867, México dió un ejemplo memorable de la terrible eficacia de este género de guerra contra los invasores; después de cinco años de lucha continua, los mexicanos, organizados en *guerrillas*, acabaron por obligar la retirada de las excelentes tropas que los habían vencido, casi siempre, en las grandes batallas."

de aquellos capotes de franela verde que se llamaban barraganes, y un sombrero corriente de lana que apenas entraba en la parte superior de la cabeza, logrando sostenerse en ella merced al barboquejo de listón colorado.

Ya había ejercido el oficio, sin más visos de legalidad que estar al frente de diez ó doce *decididos* á todo, menos á pelear contra los imperialistas; mas como había llevado más de un susto al *hacer de las suyas* en los pueblos, oyendo que la campana mayor no sonaba un repique, sino un toque de rebato, creyó prudente pedir la autorización; y oigan los lectores la conferencia textual que tuvo con Riva Palacio:

—Mi general, dijo, yo cuento con algunos muchachos, jí, jí, valientes y patriotas, jí, jí.

—Bueno, hombre, pues venga vd. á incorporarse á la fuerza.

—No es eso, mi general, semos guerrilleros, jí, jí; pero me falta la autorización de vd. Ya verá vd. cómo aumenta la fuerza.

—¿Y en qué términos desea vd. la autorización? preguntó Riva Palacio, que ya tenía antecedentes del sujeto.

—Pues así, ya verá vd., yo quiero *enarbolar* un escuadrón, jí, jí, pues como soy coronel.....

—Pero ¿quién lo hizo á vd. coronel?

—¿Cómo quién, señor? Mi *sustentante* Huertita.

—¿Sí? Y ¿cómo estuvo eso?

—Como sabe *ler* y *escrebir*, es el que pone los recibos firmados por el coronel López, y también hace mis proclamas.

Otros más afortunados que López habían recibido su despacho de coronel de un sargento ó un cabo, y gracias á su valor é inteligencia habían logrado que el Gobierno les reconociera el empleo efectivo. Guerrillero conocí yo, que se hizo general comprando un despacho en blanco que él mismo llenó con su nombre, logrando engañar á los incautos con proclamas altisonantes y ridículas.

Liberto á los lectores de la inserción de una de aquellas proclamas, como el general Riva Palacio liberto á los pueblos del señor coronel López, á quien obligó á no separarse en mucho tiempo del Cuartel General, á la vez que mandó re-

fundir en un cuerpo de caballería la gavilla, con todo y el *sustentante* Huertita, que se filió como soldado raso.

En cambio, ¡qué importantes servicios los de Garnica, Ronda, Arias, Nieves Sosa y tantos otros que se distinguieron por su patriotismo, por su valor, por su astucia! ¡Qué legendario el tipo de aquel Nicolás Romero, valiente entre los más denodados, astuto como pocos, de corazón de oro, de alma de niño, de brazo incansable para la pelea, á quien el miedo de los franceses y la tímida hipocresía de Maximiliano condujeron al cadalso!

Guerrilleros como éstos sintetizaban el entusiasmo del pueblo, su valentía, su abnegación, la fe que tenía en el triunfo, la constancia en la lucha, la muerte gloriosa en el combate y el martirio sublime en el patíbulo.

Para poder luchar contra estas fuerzas invencibles, contra el gigante al que no se le veía el cuerpo, pero se sentían los cien brazos infatigables, el imperio concibió y procuró llevar á cabo el proyecto de crear *contraguerrillas*. No pudo conseguirlo del todo, porque la primera condición para lograr el éxito está en la simpatía de los pueblos, y por más que hicieron los imperialistas, jamás lograron que sus guerrilleros fuesen simpáticos á las masas, ni que los jefes de aquéllos alcanzasen la popularidad que los nuestros, en quienes eran perdonables las faltas, por ese no sé qué de *confrontativo* que distingue á los soldados de la libertad de los sicarios del despotismo.

Nuestros guerrilleros se paseaban solos en donde quiera, seguros de que no habría nadie que los vendiese con el enemigo, quien les negara el alojamiento, quien les ocultase los víveres para ellos y el forraje para sus caballos; en todas partes tenían amigos fieles que les comunicaban noticias ó iban á adquirirlas con ese objeto en las poblaciones ocupadas por el imperio: los contraguerrilleros se veían aislados, estaban expuestos á las sorpresas, no se atrevían á entrar á las poblaciones, sino todos juntos y en són de guerra; las gentes, y sobre todo la clase pobre, huían de ellos: sólo el dinero ó la amenaza les proporcionaban noticias ó los servicios de guías. Acabaron por convertirse en simples guerrillas exploradoras

de las columnas expedicionarias, las que los arrojaban al combate para que sirviesen de carnaza.¹

Bazaine, que no confiaba mucho en los contraguerrilleros *mexicanos*, habilitó con ese carácter á ciertos jefes ú oficiales franceses. Algunos de éstos, como Dupin, Berthelin y Clary, hacían expediciones por su propia cuenta; pero hay que advertir que estas contraguerrillas eran verdaderas columnas móviles, que formaban una fuerza numerosa, que estaban dotadas de toda clase de elementos, y que casi siempre obraban en combinación con las fuerzas regulares del ejército francés. Y sin embargo, ¡qué recuerdos tan odiosos dejó su tránsito por las poblaciones! ¡Cuánta era su rapiña! ¡Cuánta su sed de sangre, satisfecha en innumerables víctimas inocentes! ¡No somos nosotros, son los mismos escritores imperialistas los que lo refieren;² son los huérfanos, las viudas, las familias reducidas á la miseria, los que todavía lo proclaman! ¡Aún lo atestiguan las ruinas de pueblos indefensos y de miserables aldeas!

Nadie ha pintado mejor el carácter del contraguerrillero que el autor de la obra titulada "Querétaro.—Memorias de un oficial del emperador Maximiliano." Este oficial se llama Alberto Hans é hizo la campaña de Michoacán en la tropa imperialista mandada por D. Ramón Méndez. Oigámosle:

"A la vanguardia de nuestra columna marchaba la pequeña fuerza irregular de exploradores que contaba cosa de cincuenta caballos. Era poco; pero también ¡qué hombres! Mitad soldados, mitad *bandidos*, habían sido reclutados entre la flor y nata de los guerrilleros de la provincia y prestaban grandes servicios por su audacia y por sus conocimientos del terreno. Se habría podido decir que olfateaban de lejos á los republicanos. Tenían ojos de águila y descubrían al enemigo

1 Puede verse confirmada esta aseerção en la página 37 del folleto escrito por el teniente coronel Bordeau, y titulado "La guerre au Mexique." París. Librería Militar de S. Baudoin. 1894.

2 Hé aquí lo que escribía á un amigo suyo el Marqués Gallifert, sucesor en el mando de la contraguerrilla Dupin: "Pongo emboscadas; no marchó mucho, sino de noche, y al contrario de lo que pasa en Francia, *mis soldados son más bandidos* que los que persigo."—(Papeles y correspondencia de la familia imperial de Francia.)

por distante que estuviese. Su jefe, un tal Villafuerte, era digno de mandar á semejantes hombres..... Cuando el general Méndez partía para una expedición, llevaba siempre á Villafuerte y á sus exploradores y sabía sacar de ellos los más útiles servicios. El general Méndez le manifestaba cierta consideración, *aunque en el fondo lo estimaba muy poco*. Villafuerte y sus soldados *no tenían opiniones políticas*, pero servían al imperio porque estaban *muy bien pagados*..... Por otra parte, Villafuerte era un hombre temible..... habría obrado por su propia cuenta si se hubieran rehusado sus servicios, habría dado mucho quehacer en caso semejante, y era preferible tenerle por auxiliar que por enemigo; tanto más cuanto que en la guerra de partidarios que se hacía en aquella época, la experiencia había demostrado, por desgracia, que *las tropas de línea eran á veces muy inferiores* á una banda de atrevidos guerrilleros bien mandados."

Hermosa confesión la de Hans: si el imperio contaba como auxiliares á los bandidos, ¿con qué derecho la funesta Corte marcial enviaba al cadalso á los guerrilleros republicanos? Entre los nuestros había hombres como Arias, Nicolás Romero, Garnica y otros que eran modelo de honradez, y tanto éstos como los que pudieran calificarse de bandidos eran terribles, obraban por su propia cuenta, y lejos de estar bien pagados, participaban de las miserias del ejército.

Los contraguerrilleros no inspiraban confianza al imperio que utilizaba sus servicios. Lo dice el escritor citado: lo afirma también el teniente coronel Bourdeau, en su interesante estudio militar titulado "La Guerre au Mexique:" "Las tropas auxiliares que combatían á nuestro lado, dice este jefe, nos han prestado á veces grandes servicios, pero en más de una ocasión nos han traicionado," y hablando de los guerrilleros agrega: "Después de estar sometidos han vuelto á tomar las armas contra nosotros."

Ahora bien, debo afirmar que tratándose de nuestros guerrilleros, ninguno de ellos, ni siquiera los que realmente eran bandidos, como el famoso Simón Gutiérrez, se habría pasado al enemigo por ningún motivo, pues todos ellos sentían arder en su pecho la llama del patriotismo.

Pocos fueron los contraguerrilleros *mexicanos* que sirvieron al imperio en Michoacán, y de cada uno de ellos se hablará en el lugar oportuno de estos apuntes. Por ahora me ocuparé de Magdaleno del Río por cierta celebridad que logró alcanzar y que se deshizo también, como la de Cristóbal Orozco, después de un tiempo, menos corto, en que llamó la atención por su audacia, por su sed de sangre y por la cruel persecución que desató contra los liberales.

Procedente de Maravatío llegó á Pátzcuaro á fines de 1862, buscando la protección de su hermano D. Ahraham que desempeñaba el empleo de guarda en la Administración de Rentas de aquel lugar. Más tarde solicitó se le diese igual empleo en Ario, valiéndose de la influencia del coronel Eguluz; pero este jefe, creyendo servir mejor los deseos de D. Magdaleno, lo colocó en Pátzcuaro en el resguardo de la Aduana. Bueno es advertir que por aquel tiempo el partido clerical intrigaba por que algunos de sus paniaguados fuesen entrando en la administración pública del Gobierno republicano para tener allí espías é instrumentos de sus maquinaciones.

Del Río era activo, cruel, inexorable con la clase pobre que tenía que pagar alcabalas y contribuciones. Esto, su mirada torva y sus bajas complacencias con los ricos, lo habían hecho odioso.

Sucedió por aquellos días (Marzo de 1864) que el general Márquez envió desde Morelia á Pátzcuaro una columna expedicionaria á las órdenes del general Gutiérrez. Algunos vecinos del lugar, creyendo que aquella fuerza iba á cubrir la guarnición de la plaza, la recibieron con repiques y salvas de cohetes, con *vivas* al imperio y á sus hombres y con *mueras* á la República y á los jefes liberales. La plebe secundó la manifestación capitaneada por Higinio Mondragón y Magdaleno del Río. Mondragón era un fanático exaltado que siempre manifestó odio inmenso á los liberales. Se dió á conocer en la época de la revolución de Jalisco contra la República, en 1852; en esa época, una noche en Pátzcuaro, y á la cabeza de multitud de léperos, se dirigió á la casa del Dr. Simón Pueblita, hermano del que después fué el famoso general Pueblita, tratando de asesinarlo por liberal. Entre el grupo de

los amotinados pudo escapar aquel, medio desnudo y descalzo. Entonces Higinio Mondragón celebró su victoria, y entre músicas y repiques pasearon las botas de Pueblita, puestas en la punta de dos lanzas, y luego *las fusilaron*. Tan estúpida y grosera farsa hizo célebre á Mondragón y le atrajo las simpatías del vecindario. A principios de 1853 aquella revolución derrocó al Gobierno liberal y trajo al país á Santa-Anna, entronizando la más despótica dictadura que registra nuestra historia. Los pronunciados de Pátzcuaro hicieron su entrada triunfal en Morelia, y á la cabeza de ellos iba Higinio Mondragón, llevando un estandarte muy vistoso que tenía pintado en el centro un pescado cogiendo con la boca una *pata de puerco*. Este era un insulto á los liberales, porque en aquel tiempo se les daba el apodo de *patas de puerco*, apodo cuyo origen jamás he podido averiguar. Mondragón tenía una voz de tiple exageradamente aguda y femenil: era alto, de cuerpo deforme, mejor diré, contrahecho, y presentaba la particularidad de tener el pecho inmensamente abultado. Esto y su aspecto afeminado había sido causa de que se le mentase siempre con el mote de "La Chichona." Me he extendido un poco á propósito de este individuo, porque lo veremos figurar varias veces en estos apuntes.

En cuanto á D. Magdaleno, el día en que entró á Pátzcuaro la brigada Gutiérrez, hizo cuanto pudo por demostrar su odio contra los liberales.

Cuando estos dos hombres, del Río y Mondragón, se entregaban á las más entusiastas manifestaciones en favor del imperio, sucedió que el general Gutiérrez comenzó á hacer preparativos para regresar á Morelia, y lo verificó sin dejar destacamento en la plaza. Los vecinos más comprometidos tuvieron que abandonar su hogar y emigraron al lado de la tropa. Uno de ellos fué Mondragón; pero D. Magdaleno, juzgando que no habría quien lo delatase á los liberales, se quedó en Pátzcuaro, á fin de desempeñar su papel de espía, y tan luego como hubieron salido los imperiales, abrió la oficina de rentas y comenzó de nuevo á cobrar las alcabalas, haciendo gala de su ferocidad de costumbre.

Del Río había hecho la cuenta sin la huésped; si ningún

patzcuareño lo denunció, no fueron tan discretos dos exploradores de Servín de la Mora que presenciaron la entrada del enemigo en la ciudad y las fiestas que se le hicieron. Por ellos lo supo el general Caamaño que volvió á ocupar la plaza el día siguiente. No hubo remedio, D. Magdaleno fué aprehendido, y aquel jefe dió orden de que se le aplicase un banco de palos, lo que se ejecutó en el cuartel de la Compañía, en presencia de multitud de personas.

D. Magdaleno juró vengarse, se dirigió á Morelia y sentó plaza de guerrillero, esperando la ocasión de volver á Pátzcuaro y tomar una sangrienta revancha; pero siendo impotente, tratándose del general Caamaño, ejercitó todo su encono contra los prisioneros que hacía, fueran ó no soldados de la República. En Mayo, el mismo general Márquez condujo á Pátzcuaro la guarnición imperialista que debía cubrir la plaza. Convocó á los habitantes á que tomasen las armas en favor del imperio, habiéndose presentado en el día señalado más de ochocientos vecinos, con los que se formó un batallón de infantería á las órdenes del teniente coronel Sabás Fernández y un cuerpo de caballería con el carácter de contra-guerrilla al mando de D. Magdaleno del Río, á quien Márquez dió despacho de comandante.

Ya tenemos, pues, al hombre en escena. Comenzó á hacer correrías por las inmediaciones de Pátzcuaro, á fin de sorprender á las partidas de republicanos que solían acercarse á aquella ciudad. Los jefes de la guarnición lo dejaban obrar con toda libertad, pues sabían que su hambre de venganza era el mejor estímulo para que hiciese una persecución tenaz á los liberales. Si en estas batidas de la muerte caían algunos inocentes, ¿qué importaba? En cambio, desaparecían de la arena muchos enemigos verdaderos. En obsequio de la justicia, D. Magdaleno supo escoger sus primeras víctimas.

Había en las filas del ejército liberal un joven valiente, instruido, pundonoroso, patriota, apuesto y simpático. Se llamaba Mariano Ochoa y era oriundo de Santa Clara de Portugal, población que dista de Pátzcuaro unas cuatro leguas. Casi niño, había tomado las armas contra la tiranía en la popular revolución de Ayutla; después hizo toda la campaña en la

BIBLIOTECA ALFONSO GARCÍA
MUSEO HISTÓRICO DE LA UNIVERSIDAD DE AYUTLA
D. A. M. S.

guerra de Reforma, y cuando la patria fué invadida por las tropas francesas, Ochoa, que vivía entonces retirado en la vida privada, pues que acababa de unir su suerte á la de la joven Isabel Pérez; que veía deslizar tranquilas y felices las horas de la luna de miel; que soñaba en la dicha, ya próxima, de tener un hijo, fruto de aquella unión, no vaciló en alistarse de nuevo en el ejército para defender la independencia amenazada.

Mandando una compañía de guardia nacional concurrió al ataque de Morelia el 18 de Diciembre de 1863, y luego siguió prestando sus servicios al lado del general Carlos Salazar, que tenía su centro de operaciones en Tacámbaro.

Así las cosas, el 26 de Mayo Mariano Ochoa recibió la orden de situarse en Santa Clara, al frente de su compañía de infantes.

Imagínese el gusto con que el joven patriota emprendería su marcha de Tacámbaro. El sol lo sorprendió en camino, cuando iba atravesando la espesa serranía. A medida que avanzaba surgían más vivos y ardientes sus deseos de llegar á su pueblo. En Turiran, hacienda que está á dos leguas de Santa Clara, no pudo ya dominar su impaciencia: dió orden de que su tropa continuase la marcha al paso que llevaba, y él se adelantó haciendo trotar á su caballo. Muy pronto sus ojos divisaron el caserío. Allí residía su esposa. Allí estaba el tierno niño de seis meses á quien Mariano no había acariaciado tantas veces como lo ambicionaba su amor de padre; allí, en fin, estaba su hogar, al pie del campanario, testigo de los juegos de su infancia, de sus ilusiones de joven y de sus primeros pasos en la carrera de las armas.

Se encontraba en Santa Clara una guerrilla de exploradores mandada por el comandante Rosendo Márquez (hoy general de división), con orden del general Salazar de vigilar los movimientos que desde Pátzcuaro pudiera hacer el enemigo. Era muy remoto, en consecuencia, el peligro de una sorpresa.

Serían las once de la mañana, cuando Mariano Ochoa llegó á su casa. ¿Para qué decir los transportes de alegría de la joven esposa, los largos abrazos, los besos que el padre daba al niño que sonreía inconsciente?

Pasadas aquellas efusiones, la joven madre se dirigió á preparar á toda prisa la comida á su esposo.

Ya estaba albeando el mantel en la mesa, puestos en ella el vaso con el agua cristalina, el salero, el *apilo* de tortillas; ya traía la taza con el caliente caldo, impaciente por llamar á su marido á comer, cuando aquella joven palideció, sintió las manos trémulas y pensó que iba á caer desfallecida. En la calle había horrorosa confusión, se oían gritos, carreras y repetidos disparos de mosquetes.

En estos momentos entraba precipitadamente á la casa una señora, cuñada de Ochoa, gritando despavorida:

— ¡Quién sabe qué hay, Mariano! Huye, huye pronto.

Ochoa salió al patio y pudo desde luego observar que una partida de contraguerrilleros se agolpaba al zaguan. Entre ellos conoció á Camilo Pureco, que era del mismo pueblo de Santa Clara y que servía á las órdenes de Magdaleno del Río.

Ochoa apenas tuvo tiempo de poner á su hijo, que él traía en brazos, en los de su mujer, de sacar su pistola y amartillarla. Del Río y sus guerrilleros se le habían echado encima y descargaban sobre él sus mosquetes. Mariano Ochoa, sereno é impassible, buscó con sus ojos al jefe de los traidores, le apuntó con su arma y..... en aquel momento su mano y su pistola cayeron de un sablazo que le dirigió Francisco del Río, hermano del contraguerrillero. Aun quiso Ochoa montar á caballo; pero por todos lados encontraba las puntas de las lanzas de sus contrarios. Inerme, herido, impotente para toda defensa, quedó prisionero, y para mayor seguridad le ataron á la espalda el brazo que le había quedado bueno.

Entretanto, el resto de la guerrilla había logrado sorprender el cuartel de exploradores. Estos no tuvieron tiempo de ensillar, y cogiendo sus armas huyeron en todas direcciones. Sólo Rosendo Márquez se retiró, paso á paso, amagando con su pistola á tres guerrilleros que lo perseguían. De este modo, y sin disparar un tiro, se puso fuera del alcance de sus enemigos.

Magdaleno del Río había logrado dar aquella sorpresa, llegando á Santa Clara sin seguir camino alguno: así consiguió dejar atrás al alférez Antonio García y al cabo Felipe Far-

BIBLIOTECA ALFONSO
MARI GARCIA A. UNIV. DE MICH. A. MEX. 1911

fán, á quienes Márquez tenía situados en el camino de Pátzcuaro. Al oír los disparos aquellos dos hombres se concentraron á la plaza, y se echaron sobre los contraguerrilleros, siendo los únicos que, montados y armados, se batieron en aquella jornada. Farfán quedó muerto en el combate, y García, cubierto de heridas, cayó en poder de los contrarios. Antes de llegar á Santa Clara los cien infantes de Mariano Ochoa supieron lo ocurrido, y regresaron á Tacámbaro á las órdenes del oficial Antonio Mata.¹

Ebrios de salvaje alegría, los imperialistas condujeron á los dos prisioneros á la plaza de la población, en donde debía fusilárseles de orden de Don Magdaleno del Río. Las señoras todas de la villa se presentaron en el alojamiento de éste, impetrando gracia, en tanto que los vecinos formaban grupos numerosos que se aumentaban sin cesar. Del Río creyó prudente ofrecer que llevaría los presos á Pátzcuaro, y que allí tendrían las garantías de un proceso. El vecindario tuvo alguna esperanza de salvar á los *reos*, y en masa subscribieron un ocurso al general Don Luis Tapia, jefe de la guarnición de aquella ciudad, pidiéndole la vida de Ochoa y de García.

Los contraguerrilleros, en consecuencia, se llevaron á Ochoa gravemente herido, y casi moribundo á García. Al día siguiente ambos fueron encapillados en el ruinoso convento de San Francisco, pues Tapia vió con indiferencia la solicitud de los vecinos de Santa Clara, y fué insensible á las súplicas que en el mismo sentido, de pedir gracia, le dirigieron las señoras de Pátzcuaro.

El día 28, á punto de sonar las tres de la tarde, estaba ya formado el cuadro en la plazuela de San Francisco. Una escolta condujo á los reos. Mariano Ochoa caminó al patíbulo con paso firme, llevando el brazo herido en cabestrillo, y allí arengó á los soldados del imperio, increpándoles su traición y vitoreando á la patria. A García lo llevaron algunos soldados arrastrándolo hasta colocarlo en el sitio de la ejecución. ¡Desde una hora antes aquel infeliz había entrado en agonía!

¹ Este valiente oficial fué asesinado en Zacapu el año de 1876, por la horda de bandidos llamados los *cristeros*.

Se dieron los toques de Ordenanza y se oyó la detonación de los disparos.....

El Prefecto político Don Miguel Patiño entregó el cadáver de Mariano Ochoa á la desolada familia de este mártir.

Pusieron el cuerpo en una camilla y emprendieron el camino de Santa Clara, á fin de sepultarlo en el pueblo donde había estado su hogar.

Ya habían salido de la ciudad, cuando unos contraguerrilleros de Don Magdaleno del Río fueron á alcanzar la comitiva fúnebre, y de orden del general Don Luis Tapia se hizo regresar el cadáver para que fuese inhumado en Pátzcuaro, al lado del de Antonio García.....